

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

ESPAÑA Y AMÉRICA

EL INFLUJO INVOLUNTARIO

TENDRIA verdadero interés por saber con alguna precisión cómo se está viendo la imagen de España desde Hispanoamérica, en los últimos cinco meses, desde noviembre de 1975. He tenido pocas ocasiones de leer prensa de estos países, solamente de dos de ellos y no regularmente, y además habría que preguntarse en qué medida los periódicos o revistas reflejan los efectos sobre los habitantes de los cambios españoles de esta última temporada. No es probable que esas lecturas, aunque fuesen más frecuentes y completas, me dieran información suficiente; ante todo, porque sin duda los hombres y mujeres de Hispanoamérica no «saben» todavía cómo los está afectando la incipiente transformación española.

Llevo mucho tiempo pensando que los influjos involuntarios de España sobre los países americanos de lengua española son mucho más importantes que los deliberados y que responden a proyectos definidos. En otros términos, que España influye más por lo que es que por lo que se propone hacer. Y en el terreno de la política, la realidad de España afecta a Hispanoamérica muchísimo más que la acción de todos los ministerios de Asuntos Exteriores (o de Estado, como se llamaban, tradicionalmente, cuando no creían deber ser tradicionalistas).

Cuando, hace exactamente tres generaciones, es decir, cuarenta y cinco años, se proclamó la República en España, los efectos sobre América fueron en principio favorables. Primero, porque el nombre «República» sonaba gratamente, ya que Repúblicas son los países americanos y se tuvo la impresión de que la vieja España se ponía a tono —y era menos vieja—. En segundo lugar, porque la República estuvo asociada a un puñado de nombres ilustres, de los pocos que tenían verdadero prestigio en el otro Continente, los que parecían, más allá de la retórica oficial, sinceros amigos de Hispanoamérica; aquellos de cuya obra se había nutrido ésta (habría que preguntarse de quiénes son los libros españoles que andan en manos de los lectores hispanoamericanos, a quienes leen éstos en diarios y revistas; los españoles no suelen tener idea clara de ello y esto perturba muchas cosas importantes). Finalmente, porque en España hubo inicialmente una alta llamarada de entusiasmo, cuyo resplandor cruzó el Atlántico.

Creo que, sin embargo, la desaparición de la Monarquía fue sentida como una pérdida en los países de nuestra lengua; porque la milenaria institución tenía una inconfundible aureola, a la que siempre han sido sensibles los países republicanos; y la irrealidad que para ellos tienen los reyes no hace más que intensificarla. Además, no se olvide que la Monarquía Española —y aquí son necesarias las dos mayúsculas— era suya, eran ellos mismos, es decir, su pasado. La Monarquía Española no había sido simplemente España, sino las Españas, a ambos lados del

Atlántico y en los confines occidentales del Pacífico. A esa Monarquía habían pertenecido los pueblos de Hispanoamérica durante la mayor parte de su historia; en ella se habían hecho, dentro de su ámbito habían convivido, esto es, allí se habían encontrado por primera vez en la historia, se había gestado lo que un día había de ser Hispanoamérica.

Pero esto duró bien poco. La República apenas llegó a existir: ¿qué significan cinco años en la historia? (Sin embargo, algo tuvo, cuando de tal manera ha seguido irradiando, intrigando, irritando, fascinando, al cabo de tanto tiempo de su destrucción, iniciada hace cuarenta años, consumada hace treinta y siete. Habrá que ver cuánto haya palidecido la imagen del último régimen cuando haya pasado la décima parte de ese tiempo.) La guerra civil significó una grave crisis también para América: se vio escindida por el partidismo, ante todo de los españoles residentes, después de sus descendientes inmediatos, en tercer lugar de toda la opinión. Las posiciones políticas de los diversos países se exasperaron con la guerra española; los partidos la aprovecharon en beneficio propio. La destrucción de la República, la inmisericorde persecución de los vencidos lanzó sobre las playas americanas oleadas de emigrados españoles, que alteraron el equilibrio intelectual, político, social de algunos países y ejercieron influencia decisiva sobre todos ellos. Para bien o para mal —principalmente para bien— Hispanoamérica recibió una singular «reespañolización» procedente de aquella porción de España que su Estado rechazaba como ajena.

Pero aquí me interesa sobre todo el efecto que produjo en Hispanoamérica la transformación de España. No quiero recordar en detalle aquel momento en que algunos ministros españoles daban impertinentes consejos o avisos a los países de la América hispánica para que no se dejasen «seducir» por los Estados Unidos y, unidos a los aliados, se enfrentasen con Hitler y Mussolini. El que desde España se haya hablado alguna vez a la América de su lengua y cultura en nombre de la Alemania nacionalsocialista y la Italia fascista es algo que asombra —y que a mí personalmente me hizo enrojecer a la vez de indignación y vergüenza.

Lo más importante es que España dejó de funcionar como modelo válido para los países de su estirpe y pasó a funcionar como tentación. Sería interesante que algunos historiadores y sociólogos hispanoamericanos pudieran estudiar, precisar, medir esos efectos. Porque lo que no puede ignorarse es el apasionado interés que en Hispanoamérica se siente por lo español, digase o no, quierase o no. Y no se olvide a qué errores internos ha llevado a muchos hispanoamericanos el querer desentenderse de lo que se presentaba como el «modelo español», un modelo que se trataba de evitar aunque el precio que se pa-

gaba era apartarse de la propia realidad irrenunciable. ¿Y ahora? Los españoles estamos empeñados en una empresa apasionante y difícil, llenos de esperanza, minada por un fondo de pesimismo y desaliento que muchos cultivan con esmero. Tengo conciencia clara de que esa empresa no es sólo nuestra. Si acertamos, Hispanoamérica tendrá el horizonte abierto para mejores cosas que si fracasamos.

Si se pasa la mirada por el mapa del Continente americano, desde el borde septentrional de México hasta lo que se llama el cono sur, se ve un conjunto de crisis políticas que, juntas, componen otra mayor: la del mundo hispánico como tal, que envuelve y afecta hasta a los contados países cuya situación interior es razonablemente satisfactoria. En todo el mundo, incluso en la más madura Europa, se ve claro que ningún país es suficiente y en cada uno se mira ansiosamente a los vecinos, se miden las fuerzas políticas en pugna, las opciones y alternativas, las elecciones y sus resultados. Todos los países europeos saben que las elecciones de Portugal —tan pequeño país— son también asunto suyo y no digamos las inglesas o italianas o francesas o alemanas o —si las hay, y cuando las haya— españolas. En Hispanoamérica esto sucede mucho más, porque los países que la integran son constitutivamente insuficientes, son «porciones» o fragmentos de un todo superior que los engloba, al cual están intrínsecamente referidos.

Y no se olvide la contrapartida. Quiero decir la perturbación que sobre España han ejercido los acontecimientos de América en todos estos decenios pasados. La Argentina, Cuba, Chile —y en más de una dirección— secundariamente otros países, han proyectado sobre España, sin saberlo ni proponérselo, el influjo de sus crisis interiores, han hecho difíciles soluciones que de otro modo hubieran sido probables, han sembrado tentaciones en los grupos políticos de España, han dado ideas a los que sólo necesitaban un estímulo.

Más de lo que creemos, porque no depende de ninguna voluntad, estamos embarcados en la misma nave. La realidad del mundo hispánico, de las Españas, es mucho más fuerte de lo que afirman los discursos interesados o nieguen los pataleos irreflexivos. Es indiferente que lo queramos o no. Nuestra suerte está echada. Los españoles deberíamos sentir una mayor responsabilidad en este momento, porque nos acompañan en nuestra empresa los países más próximos a nosotros que existen. Y si los hispanoamericanos se dieran clara cuenta de ello, nos ayudarían ayudándose a sí mismos a consolidar o recobrar la concordia y el sistema general de las libertades.

Julión MARIAS

ALTERNATIVAS Y MODELOS

SOBRE EL PAPEL DE PADRE

NO sé si se trataba de un test o de una encuesta. Y, desde luego, el episodio viene situado en Norteamérica. Parece ser que un grupo de niños, de niños pequeños, fue sometido a esta curiosa pregunta: «¿A quién quieres más, a tu papá o al televisor?». Tengo una idea bastante vaga del asunto, y lamento no poder exponerlo con la precisión debida. Pero tampoco hace falta el «detalle exacto», en casos como este. Basta el alcance significativo de la «tendencia» implícita en la anécdota, en la cual, además, siempre hay que admitir los riesgos propios de una generalización, por un lado, y de una limitación geográfico-social, por otro. La respuesta mayoritaria de los chavales, según la noticia, fue favorable al televisor...

Hay motivos obvios para desconfiar del planteamiento, claro está. Tal vez el verbo empleado por los pedagogos —o psicólogos, o sociólogos— que emprendieron la indagación no era precisamente «querer»: o no era «querer» en el sentido afectivo que tiene en castellano. La alternativa padre-televisor resulta, en principio, demasiado grosera a ciertos niveles. Sin embargo, cualesquiera que fuesen los términos del contraste, la preferencia de los niños, cándidamente manifestada, no es de desdén.

Tal como se aguanta —todavía se aguanta— la vida familiar en las sociedades «superindustrializadas», en ella ya no cabe la relación paterno-filial al viejo estilo. Los enfrentamientos llamados generacionales, inevitables cuando los hijos llegan a la adolescencia, son buena muestra de la crisis. No son la única. Otros síntomas menos aparatosos se dibujan sobre el terreno, y, aunque no pasan inadvertidos, aún permanecen en su fase inicial, de desconcierto. Sólo a la larga podremos apreciar la carga revulsiva que comportan. Así, la crianza —si se me permite el vocablo— de los chicos de las últimas hornadas, y los de las que vendrán. No ha de sorprendernos que ya antepongan la pequeña pantalla al papá. En primer lugar, dentro de los apañamientos urbanos, los papás —el pa-

dre, sobre todo— apenas encuentran un rato diario de contacto afable con sus retoños. El trabajo, los desplazamientos, las migajas de diversión, no les dejan tiempo para el hogar. El niño, por su parte, es puesto en manos de las escuelas tantas horas como las escuelas toleran. La convivencia casera es mínima. Y en el propio domicilio, la tele sirve para entretener a la prole biológicamente inquieta. Es el chupete de los ojos. Si los adultos se aferran a la sujeción del artilugio, ¡qué no harán los menores!

Por estos pagos, el problema no es tan grave, de momento. Pero todo se andará. Lo que hoy ocurre en Norteamérica pasado mañana ocurrirá aquí: es una manera de decir. El niño queda abandonado al televisor —donde hay televisiones en continuo funcionamiento—, y es lógico que el niño, finalmente, le tome más afecto al «video» que a su progenitor. Por lo menos, siempre hallará más divertido el chisme audiovisual, con sus «caricaturas», sus pistoleros, sus anuncios, que un padre quizá fatigado y regañón. Y sea como sea, prescindiendo incluso del televisor, el hecho seguro es que, cada día más, se produce un vacío de «paternidad» notorio, como regla general. No entraré a discutir si eso es bueno o es malo. Me limito a subrayar una evidencia: la de que los condicionamientos tradicionales que los padres proyectaban sobre los hijos están en quiebra. No me extrañaría que los mismos «complejos» freudianos, empezando por el de Edipo, todas las «fijaciones» infantiles estipuladas por don Segismundo, cambien de valor y de perspectiva. Al fin y al cabo, la psicología estipulada por Freud se basaba en un tipo histórico de familia: patriarcal, con la teta materna a punto, la convivencia apretada, la moral clásica. Las conclusiones de Freud sólo eran válidas para los ambientes de la burguesía judía del Imperio Austro-Húngaro...

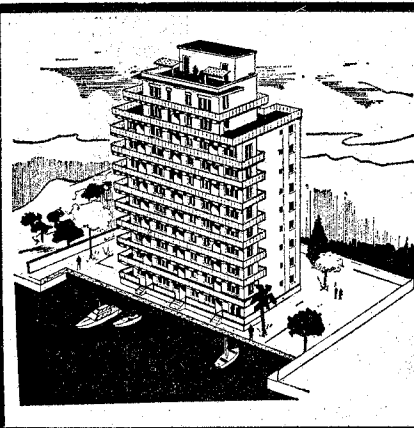
La figura del padre se difumina: está condenada a difuminarse. Naturalmente, continúa habiendo padres feroces, tan autoritarios y áridos como hace un siglo, y los dramas domésticos se multiplican día a día: los chicos se rebelan con una impertinencia solemne, o les burlan con la módicá hipocresía de que son capaces. Veremos —o ya se verá— qué pasa con las futuras generaciones de padres. Es de esperar que éstos carezcan de veleidades policíacas para con sus hijos, cuando a sus hijos les toque el turno de campar por sus respetos. Pero la decadencia de la «paternidad» entronizada es ya irreversible. Y no sólo porque la destronan. Más que nada, porque el trono desaparece, y porque, sin desaparecer, el presunto titular carece de oportunidades para aprovecharlo. Yo me atrevería a denunciar un indicio: en los seriales televisivos de origen yanqui —hablo de los del consumo local—, cuando surge un «padre», siempre es en historietas arcaicas, fundamentalmente agropecuarias, inexistentes, de pura mitología idílica. En los telefilmes de tema actual, los padres no cuentan —a menudo ni siquiera existen— o son una desastrosa calamidad. En la gran farsa de la cinematografía comercial, raro es el personaje que tiene padres. Los últimos padres, en el cine, salieron en alguna comedia de Frank Capra, y ¡Cristo, si hace años de eso! Quede dicho todo «cum grano salis».

Lo malo es que los niños necesitan padres. La humana es una de las especies zoológicas que, en sus trámites de reproducción, da unas crías tremendamente inermes ante la naturaleza —ante su futuro—, y hay que cuidarlas, darles de mamar, vigilarles la casa, enseñarles a dar pasos, a articular palabras, a «comportarse», protegerles de las inclemencias inmediatas, ayudarles a distinguir el bien del mal, o a que por ellas mismas se hagan una idea del bien y del mal... Los padres se ocupan de ello. Se ocupaban. Ahora una parte de estas

urgencias son cumplidas por instituciones, por ortopedias médicas y sociales, por remedios eventuales. ¿Lo hacen como es debido? ¿No? ¿Y qué es eso de «como es debido»?... Dejo en el aire el tema. El padre, por la simple circunstancia de ser padre, no supone ninguna garantía en cuanto a «educación», y ni tan sólo en cuanto a «crianza». Porque no puede o porque no sabe. El hecho de haber engendrado a un niño ¿le concede todos los derechos para manipular a ese niño, y modelarlo a su gusto, o provocar que luego, para romper el molde aflictivo, explote agresivamente? Creo que no. Y honestamente digo enseguida que tampoco veo cómo pueda propiciarse una opción distinta aceptable para todos.

Alguien ya ha aventurado la posibilidad de los «padres profesionales». No los maestros, educadores o enseñantes: individuos que se ocupan de las criaturas durante unas horas y desde una «extrafamiliar» penetración «pedagógica». La pedagogía empieza y acaba en el área paterna. La noción de «padre» podría ser reivindicada desde un ángulo «suprafamiliar». Lo dicho: un nene, a menudo, casi siempre, por no decir siempre, merece unos padres mejores que los que una determinada cópula y el Código Civil les proporciona. Nadie tiene la culpa de ser hijo de quien es. Unos «padres profesionales» podrían ayudar doblemente a salvar el bache: serían «padres» durante toda la jornada, y lo serían en la forma de serlo, unos padres «com cal»... Sólo que, con eso, ya ingresamos en la utopía. Que los padres «fácticos» suelen ser unos padres penosos, no hay duda: los hijos darán testimonio de ello. Los padres «profesionales» serían discutibles desde el principio, por su misma filiación ideológica o pedagógica. Y lo peor es que los niños no pueden evitar el «modelo» paternal. Ni el escolar: sea de los jesuitas o el Opus, o de Freinet o Neill...

Joan FUSTER



APARTAMENTOS
CON PUERTO PRIVADO
COMPLETAMENTE AMUEBLADOS

Parking y amarre incluidos
DESDE 990.000 PTAS.

250.000 ENTRADA
RESTO 11 AÑOS. LLAVES MANO
BAHIA DE ROSAS

SOLYNSA

AV. ROMA, 44. TEL. 224-96-91

LA CASA
INGLESA
MATRICULA ABIERTA

● Para cursos de inglés en grupos reducidos.
● Clases particulares en empresas o domicilios.

P^a de Gracia, 78 pral.

Tels. 215 5113 - 215 3058. Barcelona - 8

estanterías
metálicas

MiCARSA

DIVISIONES ALUMINIO
ESTANTERIAS PALETIZACION
ARMARIOS-VESTUARIOS

Villarroel, 122 - Tel. 2549617/18 - BARCELONA-11
Arquimedes, 188 - Tel. 2980605 - TARRASA

